

Luis del Val  
Tíndaro del Val

# CUENTOS

algaida



Primera edición: 2016

© Luis del Val y Tíndaro del Val, 2016

© Algaida Editores, 2016

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9067-696-7

Depósito legal: SE. 1451-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A los padres e hijos que leen, gracias a los cuales  
hay hijos y padres que escriben.

Los Autores.



## ÍNDICE

Otro cuento de Navidad . . . . .	11
Bola de fuego . . . . .	35
Cuchillos con curvas . . . . .	51
Despido procedente. . . . .	57
Se fueron por las ramas . . . . .	69
Camino a la ciudad . . . . .	77
Sales del baño. . . . .	91
Los comentarios peligrosos . . . . .	119
Asalto a las doce y media. . . . .	133
La boda . . . . .	145
Un atún exquisito. . . . .	159
El bosque Vacío . . . . .	165
La pesquisa de la FC . . . . .	175
El escritor. . . . .	183
La palabra perdida. . . . .	193
El oasis . . . . .	201
Una pareja feliz . . . . .	205

La colmena. . . . .	207
La cuna. . . . .	217
Cinco horas con Mario . . . . .	225
El coleccionista de elefantes . . . . .	233
La cajita de jade . . . . .	241
Amor animal. . . . .	247
El escondite . . . . .	249
La familia Noël. . . . .	251
Epílogo. . . . .	259
Nota del editor. . . . .	263

## OTRO CUENTO DE NAVIDAD



TÍO ENRIQUE NO LE GUSTABA LA NAVIDAD. Solía decir que los cocineros y los pavos no tienen la misma visión de la Navidad, y él parecía estar a favor de los pavos. Todo esto lo deduzco ahora que comienzo a escribir estos papeles, porque cuando sucedió todo eso yo tenía nueve o diez años, y a mí el tío Enrique me parecía una persona mayor y, por tanto, carente de cualquier interés.

Incluso en aquellas navidades, cuando comenzó el barullo, y mi padre y mi madre decían a todas horas que el tío Enrique no tenía vergüenza, no lograron captar mi atención, porque debían ser los años ochenta, y yo quería ser el amor de Miguel Bosé, que cantaba «Nena». Entre Miguel Bosé y mi tío Enrique no había comparación posible.

Tal era mi indiferencia que, años más tarde, en el momento en que me enteré de que tío Enrique se había

suicidio en París, me costó mucho entender lo que había sucedido, y fue preciso que su mujer, mejor dicho, su exmujer, la que había sido tía Lucía hasta que se separaron, me contara el origen de aquel lío familiar que había comenzado mucho antes de las navidades del 92. ¡Navidades del 92! Casi parecía el título de una película, pero no se cumplió mi gran deseo: que Miguel Bosé se presentara en casa por algún motivo que no sabría precisar, porque a los nueve años todavía una no está entrenada para el racionalismo.

El caso es que tío Enrique llegó muy sonriente en la tarde del 24 de diciembre, me dijo esas vulgaridades que decía tío Enrique, como que ya estaba hecha una mujer, y se encerró con mi padre en la habitación que hacía de despacho, del cual salieron con una cara que no parecía de fiestas.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó mi padre delante de mi madre, como si quisiera tener un testigo.

Y tío Enrique, con aquella alegría suya tan espontánea como inconsciente, respondió con entusiasmo:

—¡Naturalmente! ♦♦

Si a mi padre le molestó que tío Enrique se quedara a cenar, yo no se lo noté. Pusimos un cubierto más en la mesa y cogimos la silla plegable del tendedero, la que usábamos cuando se quedaba a cenar la hija de los vecinos. A mí la niña no me caía nada bien, pero su padre era un gran jefazo de la construcción y a mí me obligaban a jugar con ella. De hecho hasta mamá decía que nuestro perro tenía la mirada más inteligente que ella. Muchos años más tarde encerraron al vecino en prisión y dejamos de jugar juntas. Confieso que para mí fue toda una liberación.

Durante la cena yo sólo quería acabar de comer cuanto antes para empezar a darnos los regalos. Todos mis amigos del cole recibían sus regalos el día de Reyes, como suele ser normal, pero en mi casa se daban el día de Nochebuena por una cuestión práctica: así podía jugar todas las navidades con ellos. La primera vez que mamá me lo propuso yo no lo entendí muy bien, pero a la larga resultó ser una buena elección. Al fin y al cabo, cambiar a los Reyes Magos por el gordo de Santa tampoco era un pecado tan grave.

Ahora que pongo todo esto por escrito me da pena no acordarme de más detalles de lo que se habló durante la cena, que seguro serían de utilidad. Lo he intentado todo, lo juro, pero la niñez se cubre de brumas que son difíciles de dispersar. He revisado álbumes de fotos, rescaté del desván mi diario, hasta fui a ver a un especialista en relajación y viajes astrales, pero sólo conseguí separarme de mi cuerpo hasta la puerta de la consulta.

Por fin llegaron los postres y mamá sacó una tarta de limón, mi favorita. Eso no se me olvida. Tío Enrique llevaba bebiendo desde hacía un buen rato y alzaba la voz cada vez más.

—¡Eres una cocinera cojonuda! —exclamó mientras la crema de limón resbalaba por su barbilla.

Fue entonces cuando apareció el abuelo, aunque como siempre ocurría nadie pareció advertir su presencia. Todos los años hacía lo mismo: aparecía de repente durante los postres y daba unas cuantas vueltas alrededor de la mesa mientras refunfuñaba por lo bajo. Luego se ponía a pegar gritos y yo tenía que arrastrarle

a la cocina y explicarle que llevaba muerto más de una década. ❖

Y, en cuanto se lo decía, me miraba con una cara tan triste que casi me arrepentía de habérselo recordado, y desaparecía. No se esfumaba, no. La mayoría de la gente que no ha tenido abuelos muertos que se presentaran en la cena de Nochebuena cree que se esfuman tras un halo como de humo, no. Yo lo dejaba en la cocina, regresaba a la mesa, y ya no volvía a aparecer hasta las navidades próximas.

La verdad es que, ahora que lo recuerdo, ya no sé si el abuelo sólo se me aparecía a mí, porque ni papá, ni mamá hacían ningún comentario. También es verdad que el abuelo, a pesar de sus voces, era bastante discreto, y un año en que vino la vecina para que cantáramos un villancico —¡qué pesada!— el abuelo desapareció sin que le tuviera que recordar que no estaba bien llevar tantos años muerto y presentarse en casa, lo que demuestra que a él tampoco le agradaba la vecina.

Pero en ese año en que se presentó el tío Enrique, cuando volví a la mesa, alegre y contenta porque pensaba que pronto abriríamos los regalos, estaban enzarzados en una tremenda discusión mi padre, mi madre y mi tío Enrique.

Nunca me han gustado las discusiones. De cría, porque te asusta esa violencia presentida de los mayores, y, de adulta, porque no me gusta perder el control, y si te apasionas en una disputa concluyes por perder el control o hacérselo perder al otro, y no es que me quiera poner a hablar ahora de mi primer marido.

No recuerdo los detalles de la pelea verbal, pero mi madre habló de su hermana Lucía en términos cariñosos, y mi tío Enrique dijo que era una bruja, no mi madre, porque mi padre era más alto y más fuerte, sino su mujer, o sea, mi tía Lucía. Y entonces mi madre se levantó y dijo algo que se me quedó clavado. De pie, mirándole a los ojos, le dijo:

—No tienes dignidad.

Creo que se me quedó clavada la escena, por la tensión del momento, y porque nunca le había oído pronunciar a mi madre la palabra «dignidad», que a mí me sonó entonces a algo trascendente y definitivo. Es más, días más tarde, jugando con la vecina a un dominó de animales, y tras cometer dos veces seguidas una equivocación, le espeté con entusiasmo: «¡No tienes dignidad!» y la vecina me miró de una manera muy rara, y me di cuenta rápidamente de que no era lo más apropiado para la situación. La que debió de estar apropiada fue mi madre, porque tío Enrique le preguntó a mi padre:

—¿Me voy?

Y mi padre, tras una ligera vacilación, porque tampoco le agradaba despachar de casa a su cuñado, movió la cabeza hacia un lado, queriendo expresar que era la mejor salida. Y salió.

Cuando ya se habían pasado las navidades —porque era un día que acababa de venir del colegio— me encontré a tía Lucía con mi madre. Las dos hermanas interrumpieron su conversación, y tras los besos de rigor, la reanudaron cuando iba hacia mi habitación.

—¿Y dónde está Enrique? —preguntó mi madre.

—En París. —Escuché que respondía mi tía. ♦

—¡Pues ojalá se pudra ahí! —la voz de mi madre sonaba alterada.

Para una niña de nueve años París es un lugar donde la gente va a besarse para que luego le envíen a casa un bebé. Jamás me habría imaginado entonces que yo misma me enamoraría allí, como un tópico que se repite en mi familia generación tras generación. Aunque en mi caso, al contrario que en el de mis padres, el cuento de amor terminó con una princesa desencantada.

El caso es que el tío Enrique se había marchado a París, la capital del viejo mecano, y ya nunca le volveríamos a ver. Pero eso entonces yo no lo sabía. Dejé a mi madre y a la tía Lucía hablando en el salón y me encerré en mi cuarto para escuchar mi cinta de Miguel Bosé. Siempre imaginaba que aparecería en casa de repente, como hacía el abuelo por navidades, aunque sin gruñir tanto y un poco más vivo. Pero como es evidente, Miguel no vino a casa esa tarde, aunque la que sí que apareció en mi cuarto sin avisar, como siempre, fue mi madre.

—Hija, te he preparado la merienda —me soltó mientras abría la puerta.

—¿No puedes llamar antes de entrar? —le contesté bruscamente, aunque ya me sabía de memoria cuál sería su respuesta.

—Si no cerraras la puerta no tendría que llamar.

Salí a regañadientes y me fui a la cocina a merendar. Al pasar por el salón me fijé en la tía Lucía; tenía los ojos llorosos y se estaba sonando la nariz con un pañuelo de tela. No la había visto así desde aquel día en que fuimos

toda la familia a comer a la sierra, y yo dije que quería tener un primito, a lo cual el tío Enrique contestó que no podía ser porque mi tía Lucía estaba seca por dentro. Yo pregunté inocentemente qué tenía que ver que la tía Lucía estuviera seca o no para tener hijos, pero papá me cortó en seguida y dijo que sería mejor buscar una zona con sombra para comer, porque si no las tortillas de patata iban a echarse a perder. La tía Lucía se pasó toda la comida comiendo sola cerca del río, en la zona donde nos gustaba saltar de piedra en piedra.

Terminé la merienda y volví a mi cuarto. Mamá estaba sola en el salón haciendo que leía una revista, aunque lo único que realmente hacía era pasar páginas sin prestar atención. No había rastro de mi tía Lucía, así que le pregunté si se había ido, pero me dijo que no, que estaba en el baño. Recorrí el pasillo de puntillas para no hacer ruido, igual que hacíamos en clase de *ballet*, y pegué con cuidado la oreja a la puerta del baño. Se oía claramente a la tía Lucía llorar. Recuerdo que me dio mucha pena, porque no entendía por qué lloraba la tía, ni tampoco cómo hacer para que dejara de hacerlo. Así que la dejé allí y volví a mi cuarto. Tenía que hacer deberes para la clase de Matemáticas, y si no los hacía a la profesora le iba a dar igual qué le pasaba a la tía Lucía. Lo extraño fue que una hora más tarde, cuando ya había terminado los ejercicios de mates, salí del cuarto para ver qué había de cenar y, al pasar por el baño, oí que la tía seguía dentro. Mamá estaba muy preocupada. Me dijo varias veces que la tía estaba deprimida, pero al ver mi cara de no entender qué me decía, lo resumió en que

la tía estaba muy triste. Aquel día aprendí que las depresiones eran cosas de adultos.

Fuimos varias veces al baño y mamá le habló a la tía a través de la puerta con ese tono tan dulce que pone a veces, pero dentro sólo se oían gimoteos. Estaba claro que la tía estaba deprimida. Aunque lo que no sabíamos era que la tía, además de depresión, sufría una gastroenteritis aguda que acabó con mamá y la tía Lucía en la sala de urgencias del hospital a eso de las diez de la noche. ❖

Aquel día me enteré de que a la diarrea se le llama gastroenteritis y a la tristeza depresión. Así que la mezcla de tristeza y diarrea, debía de ser una depresión «que te cagas», como se dice ahora, aunque a mí esas vulgaridades no me han gustado decirlas nunca.

Mis padres se marcharon deprisa y me dejaron sola, no sin que mi madre me repitiera dos o tres veces que no abriera a nadie, como si en nuestra casa, a partir de las diez de la noche, hubiera un desfile constante de personas llamando a la puerta. Yo ya tenía el pijama puesto, y un poco de sueño, pero al quedarme sola me excité, porque eran raras las ocasiones en que me dejaban sola en casa, y me dispuse a curiosear a mis anchas, porque yo era muy curiosa, mejor dicho, soy muy cotilla, y me fui a la habitación de mis padres a revolver por los cajones de las mesillas, por los cajones de la ropa interior... En el cajón de la ropa interior guardaba mi madre la cartilla de la caja de ahorros y un sobre con dinero. Una vez que yo quería que me comprara una bicicleta, y me dijo que no tenía dinero, el entusiasmo por contradecirla me perdió,

porque le recité el saldo, y ella se quedó asombrada, y comenzó a interrogarme, hasta que me hizo confesar que sí, que había espiado la cartilla de la caja de ahorros, con lo que me dio una bofetada y se echó a llorar. Mi madre y su hermana, la tía Lucía, eran de mucho llorar, mientras mi padre y yo éramos más comedidos, aunque yo, la verdad, hubiera preferido que llorara sin tener que darme la bofetada antes, porque no aguanto las bofetadas.

Aburrida de encontrar lo de siempre, abrí el armario de la ropa y me fijé en que la caja de cartón, que estaba en lo alto, se encontraba en un estante donde se apilaban los jerséis de mi madre. Ya una vez había hurgado por allí y me encontré con un reloj, que debía de ser del abuelo, viejas fotos de personas que no conocía, un rosario que decían que había sido bendecido por el papa... Algunas navidades pensé en tomar el reloj para dárselo al abuelo, cuando se apareciera, pero enseguida pensé que era una tontería, porque no necesitaba ni reloj, ni calendario, para acudir puntualmente el día de Nochebuena. Dentro de la caja había otra caja, y allí no había mirado nunca, porque me daba miedo que me sorprendieran, porque una cosa es que me gustara curiosear y, otra, que los demás lo supieran. Como no tenía idea de lo que dura una gastroenteritis, ni de si se opera o no, aunque me imaginaba que la depresión no es de pasar por el quirófano, me arriesgué, con el oído puesto en la cerradura, por si escuchaba el ruido del llavín al introducirse, aunque no me iba a dar tiempo de cerrar la caja pequeña, meterla en la grande, cerrar la grande, apagar la luz y escabullirme hasta mi habitación. Era demasiado. Bueno, al menos echaría

una ojeada. No era fácil de abrir la tapa. Luego me expliqué por qué: había varios atados de cartas sujetos con cinta: en el primero de ellos la dirección no me sonaba, pero el nombre era el de mi madre: Sol. Bueno, Soledad, pero a ella siempre le decían Sol. Estaban las cartas apretadas, y con un lazo que no me atrevía a soltar. A lo que sí me atreví fue a mirar el remitente del último sobre y allí venía el nombre del tío Enrique. ¿Le escribía cartas el tío Enrique a mi madre? Iba a intentar desatar el complicado nudo de las cintas, cuando escuché el ruido del ascensor, y rápidamente cerré la caja pequeña, la puse dentro de la grande, la cubrí con la tapa, y me escabullí hacia mi habitación. Cuando llegué allí con el corazón dando unos latidos que lo hacían parecer una caja de percusión, me di cuenta de que había dejado encendida la luz del dormitorio de mis padres. ¡Maldición!, que decían en los tebeos que leían los chicos de mi cole, y que a mí me parecían espantosos. ¿Qué hacer? Si volvía hacia la habitación y me pillaban despierta, tendría que inventarme que tenía sed y que me había levantado a por agua, pero ¿cómo explicar que la luz del dormitorio de mis padres estaba encendida, si allí no había fuentes, ni un frigorífico con agua mineral? El corazón estaba en pleno apogeo, pero escuché que la puerta del ascensor se detenía en el piso de abajo. Aguardé un rato, por si mis padres subían con un vecino, y al cabo de un momento salí de mi dormitorio, me pegué una carrera hasta la habitación de mis padres, apagué la luz, y volví otra vez deprisa, deprisa, tan deprisa, que resbalé con una de esas bayetas que ponía mi madre para darle brillo al parqué, y caí hacia

atrás. Me quedé aturdida, pero me levanté y llegué hasta mi cama. Hubiera sido terrible que a mí me hubieran tenido que llevar también al hospital, porque comenzarían a pensar que éramos una familia gafe. «¿Qué, no tienen algún abuelo en la familia o un cuñado para ingresar esta noche?». Y yo podría contestarle que el abuelo sólo viene en Navidad pero que lleva muerto diez años, y que el cuñado se había ido a París, pero todas estas tonterías se me ocurrían por el dolor de cabeza que me había causado el golpe, y por el enigma de las cartas, porque yo no sabía entonces que el tío Enrique, antes de casarse con Lucía, había sido novio de mi madre. ♦

Cuando mi madre volvió del hospital yo ya estaba dormida. Imagino que se asomó a mi cuarto, abrió con cuidado la puerta y me dio un beso de buenas noches. Digo que lo imagino porque no recuerdo nada de todo eso, pero mamá siempre me daba un beso antes de dormir, así que las urgencias hospitalarias no deberían cambiar esa costumbre. Al día siguiente noté al levantarme que tenía un pequeño chichón en la cabeza, encima de la nuca, pero intenté no tocármelo mucho para evitar preguntas que me pusieran en un aprieto. Nunca me ha gustado mentir, menos a mamá, y además tengo muy mala memoria, lo cual es incompatible si quieres hacer carrera como mentiroso. Lo que también se quedó en mi cabeza, aparte del chichón, fue el descubrimiento de la noche anterior. Esas cartas atadas con el nombre de mamá y del tío Enrique se paseaban por mi cabeza sin saber muy bien en qué lugar encajarlas. Para mí se convirtió en un reto. Es-

taba convencida de que pronto llegaría a descubrir el secreto que había detrás de todo aquello.

La ocasión de avanzar en mi investigación surgió dos semanas más tarde, cuando papá sorprendió a mamá invitándola al teatro. Apareció en casa por la tarde con dos entradas para una obra clásica que no recuerdo, una de esas funciones aburridas donde hablan medio en verso y no hay bailes ni nada. Yo prefería mil veces ir al cine, pero empecé a dudar de mi gusto al ver el brillo en los ojos de mamá y lo ilusionada que estaba. Desde ese día decidí que de mayor me gustaría ir al teatro. Al preguntar mamá qué hacían conmigo, mi padre dijo que me dejarían en casa de la vecina para que los esperara allí, pero empecé a protestar airadamente, porque la vecina no me caía nada bien y me aburría mucho con ella. Y papá, tras consultarlo con mi madre con la mirada, pronunció unas palabras que se me quedaron grabadas para siempre:

—Ya eres mayor para quedarte sola en casa. —Intenté ocultar mi asombro y adoptar un gesto de adulto, aunque no creo que lo consiguiera.

Para mí esas palabras no sólo suponían avanzar un peldaño en la escalera de mis responsabilidades, sino que me permitían estar por fin a solas en casa para seguir revolviendo en los cajones de mamá. Les prometí que me portaría bien, que me comería toda la cena, me lavaría los dientes, me pondría una de las películas que teníamos grabadas en VHS, y me iría a la cama cuando me entrara sueño. Me dejaron anotado al lado del teléfono el número de la tía Lucía por si me ocurría algo, aunque habría sido más probable que la tía Lucía me hubiera llamado a mí para

que la consolara, por su depresión y eso. Algo debieron de notar mis padres, porque al acompañarlos a la puerta, no por despedirme de ellos sino por confirmar que realmente se iban, me miraron con cierta desconfianza antes de entrar en el ascensor. Cerré la puerta y suspiré aliviada. Cené deprisa, metí las cosas en el lavavajillas y me acerqué con sigilo al cuarto de mis padres. No entiendo muy bien por qué iba tan silenciosamente si no había nadie en casa, pero a los nueve años una actividad delictiva tiene que ir acompañada de cierta puesta en escena, si no pierde todo el aire aventurero. Fui directa al armario de la ropa y cogí la caja de cartón que estaba en el estante de arriba. Me senté en el suelo con la caja entre las piernas y la abrí con cuidado. Allí estaba el viejo reloj que ya no funcionaba, el rosario, ... pero no había ni rastro de la caja pequeña que contenía las cartas. Saqué todo lo que había y rebusqué en busca de la caja pequeña, pero allí no estaba. Me acerqué al armario y miré en los estantes superiores, trepando con cuidado por las baldas para poder ver bien lo que había arriba, pero no encontré nada. Desanimada, me senté otra vez en el suelo y me puse a ojear las fotos antiguas que había sacado de la caja. En casi todas aparecía mamá de joven, aunque había otras en blanco y negro donde salía gente muy mayor a la que no conocía de nada, en pueblos donde nunca había estado. Estaba mirando distraídamente las imágenes cuando encontré una foto en sepia de mi tío de joven que confirmó lo que sospechaba desde hacía tiempo. Algo que siempre había intuido, pero que ahora quedaba claro, porque el parecido era innegable: mi tío Enrique con bigote era igual que Tom Selleck. ➡

A mí Tom Selleck no me gustaba. Me lo imaginaba de profesor y daban ganas de no ir al colegio. ¡Qué distinto de Miguel Bosé! Tom Selleck estaba bien de policía o algo así, pero es que incluso cuando fui creciendo nunca me gustaron los hombres con aspecto demasiado varonil y, sobre todo, me repelía el bigote. Una vez, recuerdo que en una comida —en los tiempos en que le acompañaba mi tía Lucía— se le quedó un trozo de fideo enroscado en el bigote, a mí me dio por reír, y entonces el tío Enrique me preguntó que por qué me reía, y luego la pesada de mi madre, y yo no lo podía decir, y eso, en lugar de asustarme, cada vez me producía más risa, hasta que mi padre dijo que me fuera de la mesa, y me fui, porque no podía explicar lo del fideo en el bigote.

Y siempre que me quedaba sola, obsesionada con la idea de descubrir el fajo de cartas, revolví por todos los rincones sin que jamás volviera a encontrarlo, hasta el punto de que comencé a temer que me lo hubiera imaginado, incluso que, como no me había dado tiempo a deshacer el fajo, la dirección de la primera carta dirigida a Sol, mi madre, pudiera no tener que ver con el remite de la última carta, donde venía el nombre de tío Enrique.

Yo entonces leía mucho las aventuras de Los Cinco, de Enid Blyton, que, luego, cuando hice el Erasmus en Estrasburgo, me enteré de que allí se llamaban The famous five, pero yo no me identificaba para nada con Ana, porque yo no era tan miedosa. Creo que leía por ser hija única, y me gustaban aquellas aventuras, porque los primeros siempre estaban juntos, mientras que a mí con la única que me juntaban era con la pesada de la vecina.